

# El collar



En una de las visitas a la ciudad de Paraná, Jorge le trajo a su nietita Naiara una hermosa caja de madera tallada, repleta de joyas de fantasía para que jugara con ellas. La niña tenía entonces sólo ocho años y le encantaron todas esas alhajas por lo que comenzó inmediatamente a enredar sus muñecas con las pulseras como si fueran largas cadenas pendiendo de sus delgados cuellos de juguete o se las enrollaba en dos, tres y cuatro hileras, como si fueran gargantillas, a los anillos se los colocó como pulseras y los aros fueron de adornos en los cabellos.

Entre toda esa cantidad de bijouterie, había un par de pendientes con brillantes piedras y un collar de perlas que me gustaban, especialmente, por dos motivos: por lo que representaban como recuerdo de una mujer amable, servicial y cariñosa a la que quisimos mucho y por la belleza y antigüedad de este conjunto.

Por lo tanto, le hice una propuesta a Naiara: que me los cambiara por algunos collares y aros de mi propiedad y, más adelante, si ella quería tenerlos cuando fuera adolescente, yo se los entregaría nuevamente,

- “Ay, abuelita, vos siempre querés lo que yo tengo para jugar” – dijo como para fastidiarme. Comenzó a dar vueltas y más vueltas porque parecía que realmente le gustaban aunque, finalmente, accedió a dármelos.
- “Naiara tiene cada salida, pero quedate tranquila porque es mejor que los tengas vos, ella los extraviará en algún lugar, tarde o temprano y es una lástima” – expresó Lucas, mi hijo y padre de Naia, quien también compartió la idea de guardar esas joyas tan bonitas que habían pertenecido a su abuela paterna, Nieves.

Tomé entonces el collar y los aros y, cuando estuve a solas en la habitación me dediqué a mirarlos largo rato. Eran preciosos, delicados, suaves... ¿Cuántas fiestas habían presenciado? ¿En cuántas hermosas noches adornaron el cuello de Nieves, en tantos acontecimientos sociales en los que habrá lucido joven, feliz y agraciada? ¿Esconderían alegrías? ¿O tristezas? O ambas...

Quizás la habían escuchado reír... Y también llorar... ¿Qué palabras amorosas habían oído? ¿Y cuantos vocablos denigrantes escucharon? Tantos interrogantes quedarían para siempre ocultos dentro de ese collar, en esas perlas, esperando que un día los recordara en este relato, tal vez para que no se perdieran en el olvido.

Aún hoy están conmigo, no los usé jamás... Hace varios años que los tengo, guardaditos entre toda la bijouterie. He visto similares en muchas personas, hasta engalanando el cuello de una novia y de su mamá el día de una fastuosa boda. Y ellos siguen allí. Tal vez se los pedí aquella vez a Naiara para que no se extraviaran porque sencillamente pensé que eran demasiado bonitos y contenían tantos recuerdos para que se perdieran entre las muñecas, los trastos y los juguetes... aun cuando coincido con la frase que el general San Martín utilizó como respuesta cuando le preguntaron cómo es que dejaba jugar a su nieta con sus condecoraciones: "Si esas medallas no sirven para alegrar a una niña, entonces de nada valen".

Lo mismo creo de la mayoría de los objetos materiales que poseemos, y a decir verdad, ya me quedan pocas cosas "antiguas", me he ido desprendiendo o perdiendo casi todas, en mis numerosas mudanzas. Por eso, cuando busqué "algo viejo" entre mis pertenencias para escribir este relato, me acordé del collar y los aros que continúan allí, entre mis joyas de fantasía.

Tal vez esperando el día de alguna boda o fiesta muy especial. O el relato de este cuento y volver a protagonizar algo... Quién lo puede saber...

Autora: Silvia Mirta Valori

[www.silviamirtavaleri.com](http://www.silviamirtavaleri.com)

